

El declive de las humanidades y la posibilidad de la democracia

Resumen

En este artículo se problematiza el declive de la enseñanza de las humanidades en las universidades contemporáneas, advertido por Martha Nussbaum, en la pretensión de debatir el papel de las humanidades en la consolidación de una democracia abierta al reconocimiento de las diversidades humanas emergentes, su lugar en la producción de relatos de representación de lo plural y diverso, y los riesgos futuros en la formación de expertos técnicos superespecializados bajo ciudadanía minimalistas (sin formas de representación de las diversidades) y las amenazas que esto representa para el sostenimiento de una democracia pluralista.

Palabras clave: Humanidades, Democracia, Educación Universitaria, Ciudadanías plurales, Diversidades Humanas.

Decline of humanities and the possibility of democracy

Abstract

This article problematizes the decline of teaching humanities in contemporary universities, noted by Martha Nussbaum, in the claim to debate the role of the humanities in the consolidation of a democracy open to the recognition of emerging human diversity, their place in the production of stories about representation of pluralities and diversities, and future risks in the education of super specialized technical experts under minimalist citizenships (without ways of representation of diversities), and the threats this pose for the maintenance of a pluralistic democracy.

Keywords: Humanities, democracy, university education, plural citizenships, human diversities.

Guillermo Correa Montoya. Trabajador social de la Universidad de Antioquia, magister en Hábitat de la Universidad Nacional de Colombia, candidato a doctor en Historia de la misma universidad, actualmente se desempeña como profesor asociado del departamento de Trabajo Social de la Universidad de Antioquia y coordinador del grupo de investigación en intervención social GIIS adscrito a la facultad de Ciencias Sociales y Humanas. guillermo.correal@udea.edu.co.

El declive de las humanidades y la posibilidad de la democracia

Guillermo Correa Montoya

Para Martha Nussbaum las humanidades, en sentido amplio, vienen asistiendo a un progresivo declive en el escenario de la educación universitaria; en este panorama la pregunta frente a la democracia y en particular frente a la posibilidad de la ciudadanía abierta al reconocimiento de las diversidades humanas adquiere una relevancia central. En este ensayo plantearé una discusión frente al papel de las humanidades en el mundo contemporáneo y sus posibilidades en la profundización de la democracia, referida a la emergencia de nuevas y plurales ciudadanías, al tiempo que discutiremos el amplio campo de aportes desde la investigación en trabajo social referido a la consolidación de ciudadanías plurales, problematizando el argumento esgrimido frente al lugar marginal de lo social en el escenario de las economías competitivas.

Como una crisis de proporciones gigantescas y de enorme gravedad califica Martha Nussbaum al tipo de educación que se viene impartiendo en el mundo contemporáneo, crisis que la autora resalta al señalar que su aspecto problemático es lo desapercibido de su presencia y el riesgo que la misma constituye para la democracia. Su alerta se soporta en la constatación de un progresivo fenómeno de reducción o desaparición de las humanidades en los sistemas de educación de las sociedades democráticas; en palabras de la autora,

Artículo enviado el 14 de mayo de 2015 y aprobado el 26 de mayo de 2015.

Se están produciendo cambios drásticos en aquello que las sociedades democráticas enseñan a sus jóvenes, pero se trata de cambios que aún no se sometieron a un análisis profundo. Sedientos de dinero, los estados nacionales y sus sistemas de educación están descartando sin advertirlo ciertas aptitudes que son necesarias para mantener viva a la democracia. Si esta tendencia se prolonga, las naciones de todo el mundo en breve producirán generaciones enteras de máquinas utilitarias, en lugar de ciudadanos cabales con la capacidad de pensar por sí mismos, poseer una mirada crítica sobre las tradiciones y comprender la importancia de los logros y los sufrimientos ajenos (Nussbaum, 2012: 20).

En una dirección similar, Tom Cohen advierte que “Las humanidades pueden aparecer, en el presente, prehabilitadas por un mal d’archive o ‘impulso de muerte’ confirmado por el pragmatismo institucional que las pone entre paréntesis contemplando ese impulso subsidiario, todo el tiempo, a las fuerzas económicas que legislan la definición y el emplazamiento” (2005: 20).

La pregunta por las humanidades sugiere una necesaria referencia al sentido y ser de la Universidad. Como bien lo ha afirmado Terry Eagleton (2010), si no puede existir una cantina sin alcohol, tampoco puede existir una universidad sin las humanidades y, en consecuencia, sin la investigación como fundamento de las mismas; en esta dirección, partimos resaltando que las humanidades y su inquietud por la exploración investigativa constituyen un principio fundante de la universidad actual. Si las humanidades y las ciencias sociales aparecen aisladas, marginales o en el caso más crítico ausentes de la estructura universitaria, estas no serían más que centros de formación técnica donde se especializan saberes y oficios, o en un ámbito más fatalista un espacio de formación de autómatas (máquinas) utilitarios, como lo plantea Nussbaum.

Para Terry Eagleton, “Cuando, alrededor del inicio del siglo XVIII, surgieron en su forma presente las llamadas disciplinas humanas jugaron un papel crucial en la sociedad: fomentar y proteger el tipo de valores para los cuales un orden social filisteo tenía poco e invaluable tiempo” (The Guardian, 2010). En este sentido, las humanidades no solo lograron aportar en la construcción de un soporte teórico a la formación de las sociedades modernas; también posibilitaron su comprensión y construyeron el sustrato interpretativo y argumentativo, a partir del cual la democracia, el Estado, la Nación y el sujeto moderno encontraron su articulación; proceso que además fue posible por el papel central de la investigación en su formación. Si bien las críticas a este proceso han sido amplias y en consecuencia han permitido que las mismas humanidades revisen sus postulados a partir de los cuales han interpretado y categorizado el mundo

moderno, en ellas han residido los relatos fundacionales sobre los cuales se han edificado las sociedades contemporáneas democráticas. Al respecto, señala Olga Lucía Vélez:

El surgimiento de las ciencias sociales está conectado con la necesidad práctica que tenía el Estado de unir a todos los ciudadanos en un proyecto común de corte nacional, regulado por una serie de normas, leyes y valores definidos y legitimados por “el conocimiento científico” y a través de los cuales se pueda lograr el sometimiento de los tiempos y de los cuerpos de todos los ciudadanos, estableciendo un efectivo control social. Las recortadas concepciones y visiones que sobre el mundo, la ciencia y el conocimiento se le impusieron a las Ciencias Sociales en su proceso de constitución, se tornan insuficientes para dar cuenta de la complejidad de las sociedades actuales (Vélez, 2003:18).

Las ciencias sociales y humanas, como territorio propio de la investigación social y como campos de saber discursivo, surgieron precisamente en el seno de un mundo convulsionado por diferentes revoluciones y transformaciones, ingresando con fuerza en terrenos desconocidos que reclamaban discursos comprensivos para los cuales las demás disciplinas parecían no encontrar rutas interpretativas suficientes que, además de explicar los movimientos y las conductas humanas, la emergencia del sujeto y las continuas transformaciones, construyeran saberes para la actuación e intervención. En esta dirección es fundamental reseñar, como lo ha enunciado Foucault, que la emergencia de las humanidades casi siempre estuvo vinculada al surgimiento de algún tipo particular de problema, o bien en el campo teórico o en el orden de los fenómenos sociales. Al respecto Foucault sostiene:

[...] las ciencias humanas no aparecieron hasta que, bajo el efecto de algún racionalismo presionante, de algún problema científico no resuelto, de algún interés práctico, se decidió hacer pasar al hombre (a querer o no y con un éxito mayor o menor) al lado de los objetos científicos —en cuyo número no se ha probado aún de manera absoluta que pueda incluirse; aparecieron el día en que el hombre se constituyó en la cultura occidental a la vez como aquello que hay que pensar y aquello que hay que saber. No hay duda alguna, ciertamente, de que el surgimiento histórico de cada una de las ciencias humanas aconteció en ocasión de un problema, de una exigencia, de un obstáculo teórico o práctico; ciertamente han sido necesarias las nuevas normas que la sociedad industrial impuso a los individuos para que, lentamente, en el curso del siglo XIX, se constituyera la psicología como ciencia; también fueron necesarias sin duda las amenazas que después de la Revolución han pesado sobre los equilibrios sociales y

sobre aquello mismo que había instaurado la burguesía, para que apareciera una reflexión de tipo sociológico. Pero si bien estas referencias pueden explicar perfectamente por qué en tal circunstancia determinada y para responder a cuál cuestión precisa se han articulado estas ciencias, su posibilidad intrínseca, el hecho desnudo de que, por primera vez desde que existen seres humanos y viven en sociedad, el hombre aislado o en grupo se haya convertido en objeto de la ciencia —esto no puede ser considerado ni tratado como un fenómeno de opinión: es un acontecimiento en el orden del saber (Foucault, 1972: 334-375).

Ahora bien, pese a que como el mismo Foucault lo señala, este nuevo campo del saber resultó siempre ser un espacio incómodo e inestable en el territorio de la episteme, pese a que las demás disciplinas establecieron zonas fronterizas para su distinción y procuraron tomar distancia de sus “impurezas” teórico-metodológicas, las ciencias humanas progresivamente se fueron consolidando como un amplio campo de saber a partir del cual *el hombre* como objeto científico pasó a convertirse en el objeto de conocimiento que interroga los demás campos del saber, construye planteamientos críticos frente a las formas sociales, los órdenes de dominación y poder, las conductas humanas, el trabajo, la distribución, la alienación, las formas de vida, las representaciones del lenguaje; es decir, estableció territorios del saber que han posibilitado, con todas las críticas e interrogantes que se derivan, la forma explicativa y comprensiva de la sociedad actual y las formas abiertas y exploratorias para la solución a múltiples problemas; en específico, las ciencias humanas se ubicaron como plataforma indispensable para llenar de contenido los sistemas democráticos y de paso ofrecer sus sentidos.

En esta perspectiva, la discusión frente al lugar y el papel de la investigación en las ciencias humanas en el mundo contemporáneo cobra vital relevancia y al mismo tiempo señala un lugar paradójico. Nada más pertinente y necesario que la investigación social en el escenario de la emergencia de nuevas ciudadanías y grupos sociales; nada más requerido que la creación de novedosos relatos que articulen lo social y le ofrezcan nuevos sentidos en momentos que los discursos se tornan relativistas, la política se percibe ausente, inocua o vacía, se desconfiaba de los derechos humanos y se hacen trizas los propósitos de solidaridad y reconocimiento de los otros; nada más fundamental que las humanidades y su sentido crítico en el territorio de la fetichización del crecimiento económico, tributación tecnológica y entronización del éxito individual; y sin embargo, las ciencias humanas, como lo han señalado Eagleton y Nussbaun, se encuentran bajo una profunda amenaza que puede traducirse en descenso significativo en los sistemas de educación, en una localización periférica en los ámbitos univer-

sitarios y, en particular, en un asunto marginal y desestimable al representárselas como un conocimiento de poco rendimiento y contribución al objetivo de crecimiento económico y competitividad global. Al mismo tiempo, las ciencias humanas y con ellas la investigación social están bajo alerta al procurar responder a su papel subsidiario del sistema y orden económico, y abandonar su papel de pensamiento crítico como respuesta a la presión.

Nussban esboza esta crisis al señalar que

En casi todas las naciones del mundo se están erradicando las materias y las carreras relacionadas con las artes y las humanidades, tanto a nivel primario y secundario como a nivel terciario y universitario. Concedidas como ornamentos inútiles por quienes definen las políticas estatales en un momento en que las naciones deben eliminar todo lo que no tenga utilidad para ser competitivas en el mercado global, estas carreras y materias pierden terreno a gran velocidad, tanto en los programas curriculares, como en la mente y el corazón de padres e hijos. Es más, aquello que podríamos describir como el aspecto humanístico de las ciencias, es decir, el aspecto relacionado con la imaginación, la creatividad y la rigurosidad en el pensamiento crítico, también está perdiendo terreno en la medida en que los países optan por fomentar la rentabilidad a corto plazo mediante el cultivo de capacidades utilitarias y prácticas, aptas para generar renta (Nussbaum, 2012: 20).

En términos generales, la crisis que señala Nussbaum, articulada con la pregunta que irónicamente formula Eagleton, ¿las humanidades están a punto de desaparecer de nuestras universidades?, y afectada con el impulso de muerte que Cohen parece advertirles, pone de relieve tres aspectos centrales en el escenario contemporáneo: en primer lugar, el papel subsidiario o marginal que se le concede en el ámbito del conocimiento como tal; es decir, la priorización de aquello que consensualmente suele llamarse ciencias *duras*, conocimiento técnico y desarrollo tecnológico, frente al saber y el conocimiento humanístico, situación en la cual las primeras suelen recibir importantes impulsos y estímulos para su desarrollo e investigación, mientras las segundas ven progresivamente más reducidos sus apoyos para tal objetivo.

En segundo lugar, y como efecto derivado del primero, el desestímulo por el desarrollo de las ciencias humanas trae consigo fuertes presiones para que su lugar en el ámbito universitario se torne periférico y permanezca bajo amenaza de desaparición, situación que a su vez le transfiere una representación de *innecesarias, ornamentales o improductivas*; y, en tercer lugar, la situación inestable, incómoda y desestimable que surge a partir de la visión economicista,

la sitúa en un intersticio complejo de sobrevivencia y adaptación que amenaza su carácter de sentido innovador, crítico y reflexión activa, presionándola para ajustarse a las demandas del medio o para sostener sus intereses. Esta presión, a veces directa y otras tantas sutil y manipulada, le borra sus sentidos transformadores y la subsume en lo que precisamente busca interrogar o denunciar. En este contexto, el Trabajo Social aparece ocasionalmente asfixiado en el papel que se le concede institucionalmente y en el lugar que se le confiere a la investigación: servir de relato conforme para alivianar las presiones e inconformidades sociales, trastocando su apuesta fundamental.

Ahora bien, más allá de la reflexión frente a la naturaleza de la crisis, considerando que sus dimensiones pueden ser plurales de acuerdo a contextos específicos, la pregunta obligada es: ¿cuáles serían los efectos/consecuencias que ocasionaría en el escenario (más fatalista) de desaparición de las humanidades y de la investigación social?

Las respuestas pueden ser múltiples y en cierto sentido dependen de contextos particulares, como lo señaló el informe de la Unesco en una visión menos fatalista (Unesco, 2012). De acuerdo con este informe, en el mundo actual las ciencias sociales y humanas presentan un desarrollo ampliamente asimétrico, y evidencian singulares características; sin embargo, el esfuerzo desmedido y focal de las naciones por establecer como motor de desarrollo el crecimiento económico y la competitividad en el mercado global, presionan su existencia, su lugar o su reacomodación de forma generalizada.

Eagleton, frente a tal supuesto, advierte:

Si la historia, la filosofía y demás se esfumaran de la vida académica lo que dejarían podría ser, tras su partida, instalaciones de adiestramiento técnico o un instituto de investigación corporativo; mas no sería ya una universidad en el sentido clásico del término y resultaría engañoso llamarla así (The Guardian, 17 de diciembre de 2010).

Y en relación con el papel que las humanidades cumplen hoy en las universidades, Eagleton propone una discusión más allá de los factores presupuestales que reducen sus posibilidades de investigación y creación de pensamiento:

Lo que presenciamos en nuestro tiempo es la muerte de las universidades como centros de crítica. A partir de la administración de Margaret Thatcher el papel de la academia ha sido el de servir al status quo, no retarlo en nombre de la justicia, la tradición, la imaginación, el bienestar humano, el libre ejercicio de la mente o visiones alternativas del futuro.

No cambiaremos ese papel con el simple incremento de los recursos que el estado destina a las humanidades en oposición a tasajearlo hasta la nada. Lo cambiaremos al insistir en que una reflexión crítica sobre los valores y principios humanos debe ser central para el acontecer de las universidades; cualquiera que sea este, no solo el estudio de Rembrandt o Rimbaud (The Guardian, 17 de diciembre de 2010).

Por su parte Nussbaum, al discutir la importancia de las humanidades para la democracia, resalta:

La democracia cuenta con un gran poder de imaginación y raciocinio, pero también son propensas a las falacias, al chovinismo, a la prisa, a la dejadez, el egocentrismo y la estrechez del espíritu. La educación orientada principalmente a la obtención de renta en el mercado global magnifica estas fallas y produce semejante grado de codicia obtusa y de docilidad, capacidad que pone en riesgo la vida misma de la democracia, además de impedir la creación de una cultura mundial digna (Nussbaum, 2012: 188).

En esta perspectiva, si las humanidades se convierten en saberes subsidiarios para un objetivo de renta, si pierden su sentido reflexivo y crítico o si se tornan periféricas en los procesos educativos, estaríamos abandonando el papel universitario de formar y proyectar ciudadanos que profundizan el sentido de la democracia, que reconocen el valor de la diversidad y la riqueza de las contradicciones, el disenso, las lógicas culturales plurales, entre otros, para producir individuos técnicamente cualificados, solventes en su oficio, sin capacidades reflexivas, sin posibilidades de construcción colectiva, amenazados por la diversidad de lógicas interpretativas y sentidos de vida, obsesionados con el sentido pragmático y la tentación de totalitarismos y homogenización social, individuos incapaces de cuestionar o dilucidar formas de dominación o alienación contrarias a las libertades y los derechos humanos.

La investigación social en específico y las ciencias humanas en general son indispensables hoy para ampliar categorías comprensivas a partir de las cuales se interprete el mundo social. La emergencia de nuevos grupos sociales demanda pensamiento complejo, flexible y abierto a sus nuevas construcciones. Los conceptos modernos con los cuales se categorizó al ciudadano, la familia, al Estado, la sexualidad, la cultura, entre otros, resultan ser insuficientes hoy; si las humanidades no ofrecen relatos con los cuales se representen a sujetos sexo/género diversos, pluriétnicos, nuevas familias y vínculos afectivos, identidades plurales, colectivos sociales transgresores, reivindicaciones emergentes y nuevas subjetividades religiosas, políticas, culturales, solo por situar algunos ejemplos, el desconocimiento y la falta de formas de representación incluyen-

tes supondrían serias amenazas de extinción, exclusión o borramiento. En este sentido adquiere relevancia el análisis propuesto por Olga Lucia Vélez frente a la necesidad de repensar las ciencias sociales y sus apuestas investigativas; al respecto señala:

Desde el punto de vista epistemológico, es importante que las Ciencias Sociales y el Trabajo Social coloquen su atención en los sentidos cambiantes de las prácticas sociales y las asuman como práctica significativa, aquellas que organizan y construyen relaciones que los sujetos sociales resignifican como portadores, creadores o intérpretes de significado y en cuyos procesos de configuración cumple un papel definitorio lo cotidiano. El desafío planteado, invita a concebir la vida social más allá de los estrechos marcos que la normatividad, el orden y las regulaciones propias de los modelos positivistas y jurisprudenciales imponen. Es necesario reinventar categorías de análisis que posibiliten la comprensión de lo social y que aporten a la producción del conocimiento desde la esfera de los cultural y lo cotidiano (Vélez, 2003: 36).

Las sociedades tienden a eliminar o reducir aquello que no entienden (no tienen cómo representarlo) o aquello que no encaja en su diseño; si la investigación social y las ciencias sociales se tornan periféricas o desestimables, la construcción de sentidos, de representaciones, de legitimidad se oscurece y tiende a ser reemplazada por relatos religiosos o hegemónicos cuyas interpretaciones siempre suelen oscilar entre el pecador o el infractor, en ambos casos susceptibles de castigo o encierro.

Esta renovación y ampliación de categorías y formas de representación de las emergencias socioculturales suponen lo que Jacques Derrida llamaría humanidades capaces de asumir las tareas de deconstrucción. En esta dirección, Derrida, invocando el sentido y el lugar de la Universidad y las humanidades, afirma:

[...] la universidad moderna debería ser sin condición [...] La Universidad reclama y en teoría, debería garantizársele —además de la llamada libertad académica— una libertad incondicional para cuestionar y aseverar, o yendo más lejos, el derecho de decir públicamente todo aquello que sea exigido por la investigación, el conocimiento y el pensamiento concernientes a la verdad, y esa es su profesión. Declara y promete un compromiso ilimitado con la verdad. Sin duda el estatus y los cambios de valor de la verdad pueden ser discutidos ad infinitum [...] pero son discutidos, precisamente en la Universidad y en las carreras que pertenecen a las humanidades. [...] en principio y en conformidad con su vocación declarada, su esencia profesada, debería permanecer como un lugar de resistencia crítica —y más que crítica— frente a todos los poderes de

apropiación dogmática e injusta. Cuando digo “más que crítica” tengo en mente deconstructiva. [...] esa resistencia incondicional podría enfrentar a la Universidad con gran número de poderes del Estado (y por ende con el poder del Estado-nación y su fantasma de soberanía indivisible, lo que indica de antemano cómo podría ser la universidad, no solo cosmopolita sino también universal, extendiéndose más allá de la ciudadanía mundial y del Estado-nación en general), con poderes económicos (con corporaciones y con el capital nacional e internacional) con los poderes de los medios, con poderes ideológicos, religiosos y culturales etcétera: en suma, con todos los poderes que limitan la democracia por venir (Cohen, citado por Derrida, 2005: 45-48).

Una sociedad sin ciudadanías reflexivas, abiertas, expansivas, pone en jaque los valores democráticos y oscurece el sentido y las conquistas humanas de sus derechos y garantías; su correlato siempre ha sido una sociedad que adopta y naturaliza las desigualdades sociales, la exclusión y la extinción o marginamiento de la diversidad; en consecuencia, sus efectos se transversalizan con violencias de todo orden.

La humanidad, desde la perspectiva de la investigación social, y en específico desde el sentido del Trabajo Social, pese a su insuficiente o cuestionado papel para ofrecer soluciones a la complejidad de los problemas sociales, son sin duda la posibilidad más fuerte para la formación de ciudadanías críticas y propositivas que amplían el sentido de la democracia plural, se esfuerzan por articular los mundos y los relatos sociales, por discutir y cuestionar las tentaciones del totalitarismo, los abusos de poder, las violaciones a derechos humanos, entre otros, y ese poder reside fundamentalmente en la investigación y educación, no solo para la formación permanente de humanistas y científicos sociales (siempre necesarios para la búsqueda permanente de soluciones creativas a los dilemas humanos), sino en su papel de formación de ciudadanos requeridos para los desafíos del mundo contemporáneo amenazado por amplios frentes, independiente de sus especializaciones profesionales.

La democracia requiere permanentemente nuevos relatos que profundicen su sentido, necesita cargarse de nuevos contenidos y sostener sus valores articuladores para situarse como una construcción de derechos y garantías; sin la investigación social, las representaciones y sentidos se cosifican, se revierten y pierden su posibilidad integradora y reguladora. Ahora bien, los Estados requieren repensar el lugar concedido a la educación e investigación humanística cuando la anteponen a asuntos de rentabilidad, pues si bien en apariencia no es muy legible su aporte al crecimiento económico y la competitividad, su ausen-

cia supone un vacío crítico frente a la posibilidad de ofrecer salidas creativas y complejas a los múltiples problemas sociales, en particular cuando una sociedad mantiene vigentes desafíos problemáticos frente a las profundas desigualdades sociales, a la crisis de reconocimiento de las ciudadanías diversas, a fenómenos prolongados de violencia urbana y política, exclusiones históricas y amplias tensiones socioculturales y religiosas.

En la actualidad las violencias de múltiples órdenes sacuden el escenario social, volviéndolo inestable o inviable; bajo tales circunstancias la sostenibilidad económica se vuelve problemática, la inversión industrial o de capitales se revierte, y a la larga los costos del deterioro social, de la intolerancia y la violencia, por citar algunos ejemplos, se vuelven menos rentables que la falsa creencia del aporte humanístico al desarrollo de un país. En definitiva, más allá de la importancia que tienen las humanidades para la formación de una ciudadanía social e individual, para el impulso y estímulo a la creatividad humana, sin ellas la democracia languidece, y si esto ocurre los Estados se vuelven inviables o adquieren formatos de tiranía. En cualquiera de los casos, los países requieren de una sociedad articulada y civilista para que los sistemas económicos sean posibles en términos de su vigorosidad y su posibilidad de competencia global.

En la investigación social, como el sustrato mismo de las ciencias sociales, reside siempre una posibilidad de apertura, de puente y de encuentro para una sociedad convulsionada y atravesada por una serie de poderes, abusos y dominios que progresivamente la amenazan y le borran el sentido de lo colectivo, de los derechos humanos, de la igualdad y la democracia, bajo un horizonte obligado de rentabilidad económica. En este contexto, y en respuesta a los múltiples desafíos, el trabajo social aparece en el mundo contemporáneo como un saber emergente que busca articularse con las problematizaciones actuales, resignificando su acción y su papel, en una exigencia que ha surgido precisamente de su permanencia en el territorio de las realidades sociales convulsionadas; es decir, como una pregunta refleja de su oficio que demanda reflexión investigativa para encontrar sentidos y formas de representación e interpretación a la emergencia de nuevas realidades sociales que problematizan el escenario; en ese movimiento dialéctico, el trabajo social deviene en sincronía agitando y expandiendo sus preguntas y sus posibilidades; de ahí su lugar como posibilidad de apertura, puente y encuentro.

Así se convierte en una posibilidad de apertura para explorar rutas viables, dinámicas, renovadoras y creativas de transformación social, para repensar lo humano y reconvertir sus sentidos, deconstruir la naturalización de las des-

igualdades sociales de todo orden y debatir la necesidad permanente de nuevos relatos sociales, de novedosas y rigurosas intervenciones sociales; una posibilidad de puente para explorar alternativas de intervención, formas éticas de acción transformadora y una posibilidad de encuentro, para ofrecer sentidos articuladores y colectivos que superen la fuerza de la individualización cerrada, del individuo construido en la noción del éxito personal y la rentabilidad carente de solidaridad y sentido del “nosotros”.

Si las humanidades son fundantes del sentido moderno de Universidad, la investigación social es su potencial transformador y su fuerza renovadora; esta potencia —en sentido deleuziano— supone imaginar y ofrecer salidas creativas que posibiliten una sociedad articulada colectivamente y soportada en un entramado amplio de garantías y derechos siempre en expansión; y en este territorio la investigación en Trabajo Social tiene un campo abierto de posibilidades y desafíos, un campo que demanda innovación en sus métodos de investigación, que exige sincronización con el sentido complejo de lo social y de sus emergencias, y que requiere una fuerte articulación y resignificación de sus procesos permanentes de intervención social, de la formación de nuevos científicos sociales, de sus formas extensivas con lo institucional, con las demandas del mundo laboral, y los requerimientos del medio, al tiempo que necesita repensar e imaginar otras rutas de transformación y otros sentidos de la realidad social.

Trabajo Social sin duda ha propuesto formas novedosas y efectivas en sus enfoques de investigación social, propuestas que han tenido que sortear toda una serie de cuestionamientos y recelos frente otras disciplinas que se reclaman para sí mismas su estatus de científicidad, a partir de una suerte de autorrepresentación imaginaria de rigor epistemológico. Sin embargo, su fortaleza en el campo de la acción social, su permanencia en el escenario de las realidades sociales y su búsqueda constante de modos de transformación a partir de sus intervenciones, han señalado con contundencia su lugar y su potencia en el territorio investigativo y, en este sentido, como ninguna otra disciplina, hoy el Trabajo Social desde su campo de investigación/acción puede desplegar un gran potencial para enfrentar algunos de los desafíos y las amenazas del mundo contemporáneo.

Ahora bien, estos retos suponen articulaciones con otras disciplinas, polifonías de actuación, como lo ha señalado Teresa Matus, innovación, y en especial persistencia y terquedad en los fines que persigue y la misión que la orienta. Las presiones de orden económico no pueden frenar y opacar su sentido crítico, transformador y reflexivo. En contravía de la falsa creencia de rentabilidad,

nunca antes han sido tan indispensables las ciencias humanas y la investigación social. En este escenario es donde se puede presionar para reinstalar su centralidad y su lugar en el territorio obligado de profundizar la democracia.

Referencias bibliográficas

- Cohen Tom (coord.). (2005). *Jaques Derrida y las humanidades*. México: Siglo XXI.
- Foucault Michel. (1972). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI.
- The Guardian*, 17 de diciembre de 2010, *The death of universities*. Academia has become a servant of the status quo, by Terry Eagleton.
- Lima. Boris. (1989). *Epistemología del Trabajo Social*. Buenos Aires: Hvmánitas.
- Nussbaum Martha. (2010). *Libertad de conciencia, contra los fanatismos*. México: TusQuests editores.
- . (2012). *Sin fines de lucro, por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Matus Sepúlveda, Teresa. (1999). *Propuestas contemporáneas en Trabajo Social: hacia una intervención polifónica*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- . Apuntes para la intervención social. En: http://www.fcp.uncu.edu.ar/upload/APUNTES_SOBREINTERVENCIONSOCIAL.pdf (Revisado el 26 de febrero de 2014).
- Unesco. (2012). *Informe sobre las ciencias sociales en el mundo, 2010. Las brechas del conocimiento*. México: Unesco/Foro Consultivo Científico y Tecnológico.
- Vélez Restrepo, Olga Lucía. (2003). *Reconfigurando el Trabajo Social, perspectivas y tendencias contemporáneas*. Buenos Aires: Espacio Editorial.